

"MARTIN FIERRO" MANANTIAL QUE NO CESA

por DIEGO MIRAN

El "Martín Fierro" ha sido elegido —primero por su autor, José Hernández, y luego por la posterior exégesis cultural— como el primer gran poema nacional argentino. América también lo ha situado entre sus fundamentos. Y el cantar gauchesco, que sobrepasa por su fuerza y carácter su condición regional, crece conforme nuestra lengua continental se independiza en una literatura propia. Remontando sus peculiaridades lingüísticas, el "Martín Fierro" nos advierte



acerca de nosotros mismos y, al fin y al cabo, es una versión —tal vez la más rotunda— de la aventura del nuevo hombre en las viejas tierras americanas. De ahí que merezca la exaltación artística que las ediciones de la Universidad de Buenos Aires recientemente han realizado. 50 mil ejemplares de un cuaderno ilustrado por Juan Carlos Castagnino acababan de agotarse. Impresión de lujo sin llegar a la pompa, la publicación (EUDEBA, Serie del Siglo y Medio, Buenos Aires, 1962) tiene el valor de otorgar, gracias a la maestría de la ilustración, un rostro mitológico al gaucho payador que en el poema de Hernández entona su historia de penuria y grandeza.

En efecto, Castagnino ha sintetizado, mediante la línea expresiva que su dominio del dibujo ha conquistado, el alma de Fierro. Fuerte y enjuto óvalo de amplia frente, mirada profunda y melancólica, nariz firme y rictus escéptico, deciden en pocos rasgos la personalidad del personaje. El trazo es seguro pero no prolijo, realista en cuanto no sugiere sino comenta, rico de vibraciones aunque ni virtuoso ni vano. Justamente —hay que decirlo— lo que el lector necesita para adecuar la imaginación, alentada por los versos y la narración, al paisaje histórico en que la segunda se desarrolla. No es un milagro del pintor rioplatense. Constituye simplemente la confirmación, esta vez referida a un motivo obligadamente preciso, de la calidad ya demostrada en otras carpetas y en esos vivos cartones que Lima pudo apreciar hace más de un año en las salas del IAC. El dibujo es, antes que nada, expresividad condensada, signos que hablan por sí. Cabe leer el "Martín Fierro" en la pluma de Castagnino sin recurrir al poema. Las ilustraciones resisten esta prueba, y ello basta en su elogio.

En efecto, Castagnino ha sintetizado, mediante la línea expresiva que su dominio del dibujo ha conquistado, el alma de Fierro.

Debemos afirmar nuestro ser original en estas coordenadas poéticas que son las obras iniciales de nuestro arte escrito: una actitud diferente nos enajena y, por ende, nos hurta el piso —la tierra— sobre la cual debemos marchar, sembrar, construir, el porvenir. Y en esta tarea de inculcar lo nuestro a los nuestros EUDEBA ha comprendido cuál es la misión de la universidad y la editorial que de ella depende. En México se hace otro tanto. Sin descuidar la información sobre el presente universal, el pasado intransferible —aunque no esté prestigiado por el destello de la cultura ecuménica— nos ha de ser insistentemente devuelto en sus testimonios más nobles. "Martín Fierro" no será "La Iliada" o el "Cantar de Rolando" —y afortunadamente así es—, pero consiste en una epopeya a la que, si los argentinos quieren explicarse, tienen que acudir como a una fuente cultural cuyas aguas no hallarán en los manantiales ajenos por más puros y cimeros que parezcan. Cualquiera que sea la razón por la cual la edición comentada de EUDEBA se ha agotado de las librerías, cabe inducir del hecho que algo en el libro satisface un apetito nacional. No es cosa de desdeñar una experiencia tan significativa y aleccionadora.

